



El mecanismo más efectivo de inversión social para el chavismo

Apuesta por el poder comunal

Fabio Zuluaga*

El poder comunal es un gran movimiento del Estado hacia las clases populares, buscando resolver dos problemas: el de la vieja división político-territorial y lo que se ha llamado política social. Pero, ¿va por buen camino?

Aparentemente, para el chavismo, los días en que aluviones de votos llovían con un simple gesto del Presidente, el precio del petróleo se incrementaba continuamente y la oposición de derecha se disolvía a sí misma en el trasfondo de las torpezas de Bush y Rice, quedaron en el pasado.

Hoy, cuando el proyecto político hegemónico en el país aparece más desgastado y enfrenta duras críticas y problemas graves como la inflación y la crisis eléctrica; cuando toda esperanza de presentar al chavismo como libre –o absolutamente libre– de las taras típicas de la política democrático-liberal (autoritarismo, corrupción, demagogia, etcétera)

Pero el problema está en que el poder popular y la participación son mucho más dependientes del principio representativo y de un poder centralizado y burocrático de lo que las ilusiones –o esperanzas– del chavismo de base, el chavismo crítico y la izquierda de otros países quisiera admitir.

ha sido definitivamente perdida; y, especialmente, cuando en una coyuntura nacional y global compleja las derechas ponen en duda la viabilidad del socialismo del siglo XXI, y un sector de las izquierdas teme por su autenticidad, no extraña que la existencia del poder comunal, en la retórica y el imaginario político, aparezca magnificada y su realidad se confunda con un juego de espejos.

El poder comunal no sólo sería –junto a otras iniciativas como las nacionalizaciones– la prueba empírica de los avances y eficacia del socialismo, sino la encarnación de las ideas dominantes en la izquierda política sobre lo popular, lo comunitario y lo democrático. La asamblea llena de *doñas* y señores donde se decide que el proyecto para embalar la quebrada será ejecutado por una cooperativa comunal, es a la vez signo de una política de inclusión social y de una transferencia de poder; y de lo que en la cultura política de izquierda se reconoce como éticamente correcto y estéticamente grato. Es decir, los rostros morenos y arrugados de las señoras, el habla modesta y sin pretensiones de los oradores, el diálogo pacífico, y el compromiso político de los voceros no son sólo parte de la aparición de cierta realidad en los barrios venezolanos, es la escenificación del imaginario de la izquierda política, universitaria y cultural, de lo que ésta espera que sea lo popular en una cultura política: un conjunto estético.

MÁS BIEN DISCRETOS

Pero, ¿qué es en la práctica ese modo del poder popular que es el poder comunal o la *explosión del poder comunal*?

Es la organización masiva y a todo lo largo de la geografía nacional de los llamados consejos comunales, asambleas ciudadanas dotadas de órganos permanentes, que son las unidades mínimas de una organización popular geográficamente localizada que se espera se extienda como comunas y territorios comunales. Si las comunas estarían destinadas a ser las células geo-humanas de una nueva organización territorial, los consejos comunales serían el componente básico de esas células y el agente de la organización popular local teniendo competencias organizativas y la facultad de formular proyectos, coordinar con las diferentes ramas del gobierno y organizar cooperativas y bancos comunales.

Sin embargo, en estricto sentido, su poder y autoridad son muy discretos incluso cuando se trata de estructuras afines como los gobiernos parroquiales, pues tienen una gama amplia de potestades para *ejecutar proyectos* en su zona, pero no un poder público en el sentido en que lo tiene la alcaldía o el consejo municipal, cuyo poder normativo y regulador puede ser garantizado por algún tipo de fuerza pública. Sin embargo, el consejo comunal –y por extensión la comuna– han sido delegados con una cierta autoridad que les faculta decidir y ejecutar sobre ciertas políticas y proyectos públicos en el área de su competencia.

En consecuencia, y como es del conocimiento de todos, los consejos comunales pueden construir viviendas, generar proyectos de infraestructura, empresas económicas socialistas –y por consiguiente fuentes de empleo– y redes de transporte público, modificando así la vida en su entorno inmediato. Dentro de este dispositivo, el consejo comunal puede dotarse de los medios para ejecutar determinados proyectos o exigir de las agencias estatales que los realicen. El impacto de esto no debe subestimarse, el consejo comunal constituye la oportunidad inmediata para personas que viven en condiciones precarias o incluso inhumanas de acceder a condiciones de vida dignas y a los servicios públicos básicos, puede resolver aunque sea localmente problemas crónicos de las ciudades venezolanas como el transporte público y, al menos teóricamente, podría tener un cierto impacto sobre el desempleo, el subempleo y la inflación si el consejo comunal es capaz de organizar redes económicas funcionales.

Ello hace que en tanto política pública o política social en sentido amplio –que incluiría el conjunto de las condiciones de vida de la población– el poder



Si el poder comunal es tan importante para el Gobierno, es porque permite resolver en un solo proceso muchos problemas: la organización socio-política de los sectores excluidos, el flujo de la inversión pública, la ordenación del territorio y el impulso de un nuevo tejido económico asociado al gasto del Estado.

comunal venezolano sea un agente de organización popular extraordinario, pues al agenciar la actividad de la población local y transferirle recursos, multiplica la capacidad del Estado para procesar proyectos y generar obras a un ritmo y con un alcance que difícilmente un órgano del Estado, por sí solo, podría realizar. Esto se logra, como es evidente, mediante un principio simple de la división moderna del trabajo: el aumento de la capacidad operativa al establecer unidades de trabajo que operan sincrónicamente. Estas unidades de trabajo, reclutadas de entre la población rusa, tienen el beneficio de ser las destinatarias de los servicios y por ello, teóricamente, conocen las condiciones en que estos van a ser prestados.

El consejo comunal es entonces, a nivel real, un operador en la política pública a nivel local, pero a nivel de la cultura política su papel es mucho mayor pues sería no sólo la prueba de la existencia del socialismo sino la demostración a la masa electoral alterada por la inflación, la crisis eléctrica, la delincuencia –y la avanzada agresiva de los EEUU y sus aliados del continente contra el gobierno de Chávez– de que *a pesar de todo* es necesario seguir apostando por el chavismo y el socialismo del siglo XXI. A ello contribuye el efecto inmediato y visible de la inversión pública, la transferencia de recursos y la facilidad con que el poder comunal, centrado en el vecindario, puede ser identificado con la comunidad rural o tradicional por un chavismo que ha heredado el pensamiento costumbrista, romántico y de la izquierda latinoamericana para la cual mientras menos occidentalizada y urbana parece una cosa, más *popular y revolucionaria* es. En ese sentido el consejo comunal y la explosión del poder comunal encajan perfectamente en el imaginario de la izquierda y en las necesidades de la guerra de cuarta generación.

Pero el problema está en que el poder popular y la participación son mucho más dependientes del principio representativo y de un poder centralizado y burocrático de lo que las ilusiones –o esperanzas– del chavismo de base, el *chavismo crítico* y la izquierda de otros países quisiera admitir. El problema no está en las limitaciones operativas del poder comunal, que pueden ser condicionales o coyunturales, como el hecho de que una política pública para la inclusión social, la reforma

de la división territorial y el encuadramiento de la población, sea presentada como una forma dramática, masiva y radical de gobierno, desde la base, al estilo de las revoluciones del siglo XIX y XX. Según esta idea, las bases populares estarían de hecho gobernando el país y el socialismo del siglo XXI recuperaría de forma más eficiente y *humana* la idea y la práctica comunal.

Pero si se toma ese punto de vista propagandístico, el poder comunal siempre aparecerá deficitario, a la larga, para el observador atento pues se le presenta como algo que no es, un poco como si juzgáramos al ejército por su capacidad de limpiar las calles y a los tribunales por su política monetaria: sean cuales sean sus logros y sus límites la *explosión del poder comunal* es un evento propio de la inversión pública y la política social, no una transformación de las relaciones de poder político o social en nuestro país, y por ello, a ese nivel su impacto es prácticamente irrelevante.

LAS PREGUNTAS NECESARIAS

En el contexto actual la política es algo que se hace respecto al adversario: la oposición, la crisis eléctrica, la inflación, etcétera, mientras que dentro de cada alianza parece suspenderse; sólo en las conversaciones privadas, y de pasada en algunos artículos, hablan los chavistas de las relaciones de poder dentro del chavismo, del poder que el presidente Chávez ejerce, etcétera. Pero si el chavismo puede refunfunar entre dientes sobre la derecha endógena –que no es más que otro recurso más bien infantil para imaginarse que el adversario es siempre externo, *extranjero*, infiltrado, etcétera–, no concibe que no exista una sintonía o sincronía absoluta entre pueblo y comandante. Es así como se pueden gritar consignas como “lo que diga Chávez” y a la vez asegurar que su poder es consultivo y democrático; es decir, afirmar un poder exigente y centralizador y a la vez negarlo como tal, pues todo lo que ordena Chávez, según esta lógica, preexiste sea como necesidad, reivindicación o beneficio potencial en el pueblo al que el Presidente refleja sin distorsión.

No extraña, entonces, que asuntos que en otros periodos habrían motivado los más encendidos y complejos debates, pasen por debajo de la mesa, y que en la avalancha de propaganda y *guerra de*



La importancia del chavismo en la política nacional y continental es que es un proyecto nacido de las entrañas de la Fuerza Armada que recoge décadas de descontento por la larga descomposición del puntofijismo, periodo donde el clientelismo y la corrupción se mezclaron con políticas neoliberales.

cuarta generación, pocos se hayan preguntado –de un modo pragmático y estratégico– qué es el chavismo, o mejor aún, cómo funciona. El pueblo chavista está atrapado en un agenciamiento que oscila entre la afirmación y la dependencia a través de y con la figura de Chávez, mientras la izquierda está en una posición muy precaria también, pues además de que está más interesada en la *oportunidad* que abre la conquista del Estado que en cualquier otra cosa, y en general, tras haber pensado por más de cuarenta años que el poder –o el poder del capitalismo– era lo que a la vez reprimía y negaba la manifestación de lo popular y el reconocimiento de sus derechos, un poder o un régimen de gobierno, o un proyecto político que incita, estimula, ordena y programa esas manifestaciones y reivindicaciones será –según esa lógica–, progresista, de avanzada, o simplemente bueno, pues para la izquierda cualquier cosa que genere agregación política de la base popular es intrínsecamente benévola y completamente impensable que en esa agregación o encuadramiento se realice una estrategia de poder sobre el pueblo. Se asume que el poder de Chávez continúa al de la base popular –y es poder popular en sí mismo–, mientras el Poder, con mayúsculas, es un movimiento represivo y negativo efectuado por un adversario externo a la identidad popular.

Pero más allá de estos bloqueos de pensamiento, es necesario analizar las

estrategias reales. El poder comunal es un gran movimiento del Estado hacia las clases populares que pretende resolver dos problemas: el de la vieja división político-territorial, y el de lo que se ha llamado política social. Implica entonces dos aspectos fundamentales para un Estado moderno: el ordenamiento del territorio y el encuadramiento de la población, pero pensados desde el punto de vista económico y biopolítico de la inclusión y el gobierno de vastos sectores y estratos de la población que el neoliberalismo consideraba de algún modo *sacrificables*. Si el poder comunal es tan importante para el Gobierno, es porque permite resolver en un solo proceso muchos problemas: la organización socio-política de los sectores excluidos, el flujo de la inversión pública, la ordenación del territorio y el impulso de un nuevo tejido económico asociado al gasto del Estado. Por eso es un error ver al poder comunal simplemente como una invención filial a una vieja tradición política socialista y comunista, o como un desarrollo orgánico de los experimentos y proyectos del chavismo post-golpe de abril, como las misiones sociales. La explosión del poder comunal es análoga y contemporánea a la creación del PSUV y a la reordenación político-territorial prevista en la reforma constitucional, pues implica un gran marco, una gran grilla (o formato) dentro de la cual las heterogéneas iniciativas y organizaciones estatales y populares son coordinadas, pero desde una lógica centraliza-



Es así como se pueden gritar consignas como “lo que diga Chávez” y a la vez asegurar que su poder es consultivo y democrático; es decir, afirmar un poder exigente y centralizador y a la vez negarlo como tal...

dora donde el consejo comunal se convierte en el centro obligado de la actividad comunitaria igual que se esperaba que la vicepresidencia centralizara la actividad regional y el Presidente la dirección del proceso.

Ahora bien, no es que la gran cantidad de organizaciones populares y agencias estatales presentes en los barrios no debieran ser dotados de un nivel superior de articulación, no es que no existieran innumerables trabas burocráticas que retrasaran la transferencia de recursos a las comunidades, no es que no fuese necesario un nuevo ordenamiento político-territorial; es que todos estos problemas fueron interpretados y recogidos desde un aparato de pensamiento que tiene como lógica la centralización estatista y la ramificación infinita del poder público, todo operacionalizado en un proyecto, la reforma constitucional de 2007, que incluía una nueva organización del Estado y una reforma del poder político por parte del sector cívico-militar liderado por el presidente Chávez, que venía de una relegitimación sin precedentes tras las elecciones de 2006 y pretendía adaptar la organización del Estado a las exigencias operativas de su comando: reelección indefinida, vicepresidencias regionales, etcétera.

Si se toma al chavismo y a su líder como un agente de proyectos totalitarios persistentes o el avatar de los libertadores latinoamericanos movido por moti-

vos siempre nobles, poco se avanzará en el entendimiento de la naturaleza del poder comunal y del proyecto que actualmente hegemoniza la política venezolana. La importancia del chavismo en la política nacional y continental es que es un proyecto nacido de las entrañas de la Fuerza Armada que recoge décadas de descontento por la larga descomposición del puntofijismo, periodo donde el clientelismo y la corrupción se mezclaron con políticas neoliberales. En este proyecto, la tensión interna de la Fuerza Armada cristaliza en una alternativa distinta del conservatismo anticomunista –representado en los 90 por Radamés Muñoz y el fantasma del golpe de derecha–, y más bien está en la línea del velazquismo o el peronismo: un nacionalismo popular.

El consejo comunal tiene, sin duda, un impacto benévolo en la vida de las comunidades organizadas, pero no altera en nada la estructura de un poder que establece el rango y el lugar de sus potestades.

*Profesor universitario.